**La disputa sobre el sábado **

Sigamos el diálogo de Neusner, judío creyente, con Jesús y comenzando por el sábado: Guardarlo cuidadosamente es para Israel expresión central de su existencia, entendida como vida en la Alianza con Dios. Incluso quien lee los Evangelios superficialmente sabe que el debate sobre lo que es o no propio del sábado está en el centro de la discusión de Jesús con el pueblo de Israel de su época. La interpretación habitual dice que Jesús acabó con una práctica legalista restrictiva introduciendo en su lugar una visión más generosa y liberal, que **abre las puertas a una forma de actuar razonable, adaptada a cada situación**. Como prueba se utiliza la frase: «*El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado*» (Mc 2, 27), y que muestra una visión antropocéntrica de toda la realidad, de la cual resultaría obvia una interpretación «*liberal*» de los mandamientos. Así, precisamente de las polémicas en torno al sábado, se ha formado la imagen del Jesús liberal. Su crítica al judaísmo de su tiempo es la **crítica del hombre de mentalidad liberal y racional a un legalismo endurecido, en el fondo hipócrita, que rebaja la religión a un sistema servil** de obligaciones a fin de cuentas poco razonables**, que serían un impedimento para el desarrollo de la actuación del hombre y de su libertad.**

Aquí se plantea la pregunta por Jesús —quién era realmente y qué es lo que de verdad quería— así como toda la cuestión sobre la realidad del judaísmo y el cristianismo: ¿Fue Jesús en realidad un rabino liberal, un precursor del liberalismo cristiano? ¿Es el Cristo de la fe y, por consiguiente, toda la fe de la Iglesia, un gran error?

Con sorprendente rapidez, Neusner deja a un lado este tipo de interpretación; puede hacerlo porque pone al descubierto de un modo convincente el verdadero punto central de la controversia. Sobre la disputa acerca de los discípulos que arrancaban espigas tan sólo afirma: «Lo que me inquieta no es que los discípulos incumplan el precepto de respetar el sábado. Eso sería irrelevante y pasaría por alto el núcleo de la cuestión». Sin duda, cuando leemos la controversia sobre las curaciones en el sábado, y los relatos sobre el **dolor lleno de indignación del Señor por la dureza de corazón** de los partidarios de la interpretación dominante del sábado, podemos ver que en estos conflictos **están en juego las preguntas más profundas sobre el hombre y el modo correcto de honrar a Dios**. Por tanto, tampoco este aspecto del conflicto es algo simplemente «trivial». Pero Neusner tiene razón cuando ve el núcleo más profundo del conflicto en la respuesta de Jesús, a quien le reprochaba que los discípulos recogieran las espigas en sábado.

Jesús defiende el modo con el cual sus discípulos sacian su hambre, primero con la referencia a David, que con sus compañeros comió en la casa del Señor los panes sagrados «*que ni a él ni a los suyos les estaba permitido comer, sino sólo a los sacerdotes*». Luego añade: *«¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más grande que el templo. Si comprendierais lo que significa "quiero misericordia y no sacrificio" (cf. Os 6, 6; 1 S 15, 22), no condenaríais a los que no tienen culpa. Porque* ***el Hijo del hombre es Señor del sábado****»* (Mt 12, 4-8). Neusner observa: «Él [Jesús] y sus discípulos pueden hacer en sábado lo que hacen, porque se han puesto en el lugar de los sacerdotes en el templo: el lugar sagrado se ha trasladado. Ahora está en el círculo del maestro con sus discípulos».

Debemos detenernos aquí un momento para ver qué significaba el sábado para Israel y entender así lo que está en juego en esta disputa. En el relato de la creación, se dice que Dios descansó el séptimo día. **«En este día celebramos la creación»,** deduce Neusner con razón. Y continúa: «No trabajar en sábado significa mucho más que cumplir escrupulosamente un rito**. Es un modo de imitar a Dios**». Por tanto, del sábado forma parte no sólo el aspecto negativo de no realizar actividades externas, sino también lo positivo del «descanso», que implica además una dimensión espacial: «Para respetar el sábado hay que quedarse en casa. No basta con abstenerse de realizar cualquier tipo de trabajo, también hay que descansar, **restablecer en un día de la semana el círculo de la familia y el hogar**, en el que todos están en casa y todo en su lugar». **El sábado no es sólo un asunto de religiosidad individual, sino el núcleo de un orden social**: «Ese día convierte al Israel eterno en lo que es, en el pueblo que, al igual que Dios después de la creación, descansa al séptimo día de su creación».

Aquí podríamos reflexionar sobre lo saludable que sería también para nuestra sociedad actual que las familias pasaran un día juntas, que la casa se convirtiera en hogar y realización de la comunión en el descanso de Dios. Sigamos en el diálogo entre Jesús e Israel, que es también inevitablemente un diálogo entre Jesús y nosotros, así como nuestro diálogo con el pueblo judío de hoy.

El tema del «descanso» como elemento constitutivo del sábado permite a Neusner ponerse en relación con el grito de júbilo de Jesús, que en el Evangelio de Mateo precede al relato de las espigas arrancadas por los discípulos. Es el llamado grito de júbilo mesiánico, que comienza: «*Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla...*» (Mt 11, 25-30). En nuestra interpretación habitual, éstos aparecen como dos textos evangélicos muy diferentes entre sí: uno habla de la divinidad de Jesús, el otro de la disputa en torno al sábado. Neusner deja claro que ambos textos están estrechamente relacionados, pues en los dos casos se trata del misterio de Jesús, del «*Hijo del hombre*», del «*Hijo*» por excelencia.

Las frases inmediatamente anteriores al relato sobre el sábado son: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*» (Mt 11,28-30). Habitualmente estas palabras son interpretadas desde la idea del Jesús liberal, es decir, desde un punto de vista moralista: la interpretación liberal de la Ley que hace Jesús facilita la vida frente al «legalismo judío». La verdad es que, esta interpretación no resulta muy convincente en la práctica, pues seguir a Jesús no resulta cómodo — ni tampoco Cristo afirmó jamás que lo fuera —. Entonces ¿qué?

Neusner nos muestra que no se trata de una forma de moralismo, sino de un texto de alto contenido teológico, o digámoslo con mayor exactitud, de un texto cristológico. A través del tema del descanso, y el que está relacionado con el de la fatiga y la opresión, el texto se conecta con la cuestión del sábado. El descanso del que se trata ahora tiene que ver con Jesús. Las enseñanzas de Jesús sobre el sábado aparecen ahora en perfecta consonancia con este grito de júbilo y con las palabras del Hijo del hombre como señor del sábado. Neusner resume del siguiente modo el contenido de toda la cuestión: «Mi yugo es ligero, yo os doy descanso. El Hijo del hombre es el verdadero Señor del sábado. Pues el Hijo del hombre es ahora el sábado de Israel; es nuestro modo de comportarnos como Dios».

Ahora Neusner puede decir con más claridad que antes: «¡No es de extrañar, por tanto, que el Hijo del hombre sea Señor del sábado! No es porque haya interpretado de un modo liberal las restricciones del sábado... Jesús no fue simplemente un rabino reformador que quería hacer la vida "más fácil" a los hombres... No, aquí no se trata de aligerar una carga... Lo que está en juego es la autoridad de Jesús.». «**Ahora Jesús está en la montaña y ocupa el lugar de la Torá**». El diálogo del judío creyente con Jesús llega aquí a su punto decisivo. Ahora, desde su exquisito respeto, el rabino no pregunta directamente a Jesús, sino que se dirige al discípulo de Jesús: «"¿Es tu maestro, el Hijo del hombre, realmente Señor del sábado?"». Y vuelvo a preguntar: «"¿Es tu maestro Dios?"».

Con ello se pone al descubierto el auténtico núcleo del conflicto. **Jesús se ve a sí mismo como la Torá, como la palabra de Dios en persona**. El imponente prólogo del Evangelio de Juan —«***En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios***»— no dice otra cosa que lo que dice el Jesús del Sermón de la Montaña y el Jesús de los Evangelios sinópticos. El Jesús del cuarto Evangelio y el Jesús de los Evangelios sinópticos es la misma e idéntica persona: el verdadero Jesús «histórico».

Lo que al rabino Neusner le incomoda del mensaje de Jesús sobre el sábado no es sólo la centralidad de Jesús mismo; la expone claramente, pero, con todo, no es eso lo que objeta, sino sus consecuencias para la vida concreta de Israel: el sábado pierde su gran función social. El sábado es uno de los elementos primordiales que mantienen unido al pueblo de Israel como tal. El hacer de Jesús el centro rompe esta estructura sacra y pone en peligro un elemento esencial para la cohesión del pueblo.

La reivindicación de Jesús comporta que **la comunidad de los discípulos de Jesús es el nuevo Israel**. ¿Acaso no debe inquietar esto a quien lleva en el corazón al «Israel eterno»? También se encuentra relacionada con la cuestión sobre la pretensión de Jesús de ser Él mismo la Torá y el templo en persona, el tema de Israel, la cuestión de la comunidad viva del pueblo, en el cual se realiza la palabra de Dios.

Ahora se plantea también para el cristiano la siguiente cuestión: ¿era justo poner en peligro la gran función social del sábado, romper el orden santo de Israel en favor de una comunidad de discípulos que sólo se pueden definir, por así decirlo, a partir de la figura de Jesús? Esta cuestión se podría y se puede aclarar sólo en la comunidad de discípulos que se ha ido formando: la Iglesia. La resurrección de Jesús «el primer día de la semana» hizo que, para los cristianos, ese «primer día» —el comienzo de la creación— se convirtiera en el «día del Señor», en el cual confluyeron por sí mismos —mediante la comunión de la mesa con Jesús— los elementos esenciales del sábado veterotestamentario.

Que en el curso de este proceso la Iglesia haya asumido así de modo nuevo la función social del sábado —orientada siempre al «Hijo del hombre»— se vio claramente cuando Constantino, en su reforma jurídica de inspiración cristiana, asoció también a este día algunas libertades para los esclavos e introdujo así en el sistema legal basado en principios cristianos **el día del Señor como el día de la libertad y el descanso**. Aquí se plantea todo el problema de las relaciones entre fe y orden social, entre fe y política. A esto prestaremos atención en el próximo parágrafo.